

que inspiraban á Rossini sus mejores melodías y á Dumas, padre, sus más interesantes novelas.

Aunque político ilustre y eximio periodista, el señor Gutiérrez de la Vega es cazador antes que todo. La huella del tiempo desgastará quizás la figura del hombre público, como va desgastando la de quienes ocuparon los lugares más preeminentes en la Nación; pero mientras en España se cace ó se escriba, el nombre de nuestro biografiado ocupará un puesto de honor y figurará al lado de los que de caza escribieron, reyes ó soldados, próceres ó doctores, como los Alfonsos y Pedros de Castilla, el príncipe Juan Manuel y el coronista Pero López de Ayala, el duque de Alburquerque y D. Fadrique de Zúñiga, Juan Mateos y Martínez de Espinar, Pedro Núñez de Avendaño y el famoso Moratín.

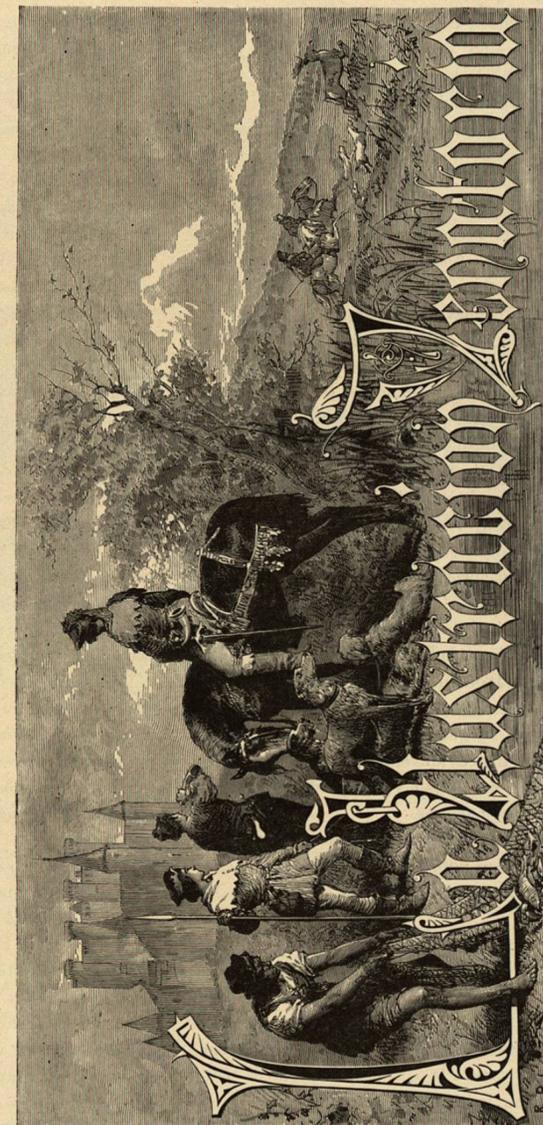
Cazador notable, el Sr. Gutiérrez de la Vega une á los conocimientos teóricos y á la práctica maneras distinguidas, clásicas pudiéramos llamarlas, y un gusto tan exquisito que nos recuerda los tiempos de oro de la venatoria española. Don Alfonso XII, el esforzado cuanto malogrado cazador, invitábale á sus monterías y departía con él sobre venatoria.

Sentimos tener que pasar desde luego á consignar datos biográficos, sin apuntar los mejores episodios cinegéticos en que ha sido actor nuestro ilustre amigo, ni reseñar su hermoso gabinete de cazador y su especialísima y completa biblioteca venatoria, en la que atesora joyas literarias de mucho valor.

Nació en Sevilla el día 24 de agosto de 1824, en cuya Universidad cursó la Filosofía, dedicándose al

estudio de las ciencias médicas en la misma y en el antiguo colegio de San Carlos de Madrid.

En 1846 ya empezó el Sr. Gutiérrez de la Vega á es-



Cabeceira; Ilustración Venatoria

cribir en Sevilla en el periódico *El Independiente*, diario monárquico constitucional, y fundó *La Giralda*, revista científica y literaria que se publicó bajo su dirección.

En 1847 volvió á Madrid, donde ya se estableció, escribiendo en los periódicos moderados de más crédito en aquella época, hasta que en 1849 fué como cronista con el ejército español expedicionario á los Estados Pontificios, concurriendo á la restauración de Pío IX en su silla, que había abandonado á consecuencia de la revolución de 1848.

En 1850 y 1851 publicó, de regreso en Madrid, sus notables *Viajes por Italia con la expedición española*, obra en dos tomos, que obtuvo gran aceptación y fué traducida al italiano.

En 1852, dirigiendo la *Sección médica* de la *Biblioteca Universal*, de Fernández de los Ríos, publicó en dos tomos en folio una colección numerosa de obras de medicina antiguas y modernas, nacionales y extranjeras, y entre ellas algunas originales.

En el mismo año emprendió la publicación de *El Herald Médico*, periódico que alcanzó gran boga. Al año siguiente fundó la *Biblioteca del Herald Médico*, en que dió varias obras que fueron muy bien recibidas por los médicos españoles, siendo algunas declaradas de texto en las Universidades.

En 1854, á poco de la revolución de Vicálvaro, fundó *El León Español*, diario moderado que se publicó con gran crédito hasta 1866, y cuyas polémicas obligaban á sus redactores á trocar á menudo la pluma por la espada.

A consecuencia de las persecuciones que sufrió ese periódico, fué encarcelado el Sr. Gutiérrez de la Vega, en setiembre de 1855, en el antiguo Saladero de Madrid, donde permaneció cien días preso, hasta que se le ex-carceló por una ley que presentaron en Cortes los señores Coello y Rancés (directores entonces de *La Época* y de *El Diario Español*), y hoy Conde de Coello y Marqués de Casa Laiglesia.

Por causa de aquella prisión abandonó el Sr. Gutiérrez de la Vega sus publicaciones científicas y se consagró ya enteramente á la política en *El León Español*.

En una interrupción de este periódico lo sustituyó *El Horizonte*, diario también de grandes dimensiones y órgano autorizado, como aquél, del partido moderado.

Ya por este tiempo el Sr. Gutiérrez de la Vega empieza á figurar como á Diputado en las Cortes de 1857, y comparte con los hombres más importantes de su partido la tarea de escribir en su periódico *El León Español*, renunciando todos los puestos de confianza que le ofrecían, á pesar de su estrecha y cariñosa amistad con el general Narvaez.

El año 1864 es cuando acepta por primera vez un cargo público y va de Gobernador á Granada. Allí se consagra también á las letras, y funda por su iniciativa y bajo su protección la *Biblioteca de escritores granadinos desde la civilización árabe hasta nuestros días*, que empezó por la publicación de las obras de D. Diego Hurtado de Mendoza, siendo saludada con entusiasmo tan gran empresa y felicitado el publicista por todos los hombres cultos de aquella época.

Al poco tiempo es nombrado Gobernador de Madrid, y también aquí por su iniciativa y bajo su protección funda el Sr. Gutiérrez de la Vega otra empresa análoga, la *Biblioteca de dramáticos griegos*, que empieza publicando las tragedias de Eurípides, obras no conocidas hasta entonces en castellano. Esta empresa fué también saludada con grandes aplausos por todos los amantes de las letras.

La decidida y entusiasta protección que siempre ha dispensado el Sr. Gutiérrez de la Vega á las letras, fué sellada con signo perdurable, cuando tuvo la fortuna de salvar de una muerte cierta y por todo extremo dolorosa la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra. Esta colosal empresa, la más grande y gloriosa que se ha acometido en España en honra de nuestros más célebres escritores y de nuestros mejores libros clásicos, estuvo á punto de morir en su comienzo, abandonada por los gobiernos y hasta por el favor del público, envolviendo en su ruina al famoso editor que la había concebido y planteado.

Hé aquí lo que escribe nada menos que el hijo de Rivadeneyra, al pintar las angustias mortales que sufría su ilustradísimo padre, viendo espirar en sus manos la tan gloriosa empresa.

«Corría á todo esto la impresión del tomo 22, por más que todos los días temiera que al siguiente habría de suspenderla....»

A fuerza de privaciones y ahorros iban no obstante pasando días, á cual más amargos, sin que con todo se le viniera encima la temida catástrofe, hasta que engolfado un día en lúgubre meditación, se le apareció su amigo D. José Gutiérrez de la Vega, á quien expuso la ruina inminente, y por ende la muerte de la *Biblioteca*. Impresionado dicho señor al oír el acento persuasivo de quien iba á ser víctima de una idea laudable, hizo suya tan desesperada situación. Sin decir palabra *concedió vencerla*, para ello acudió en el acto á D. Fernando Fernández de Córdoba, entonces director general de Infantería.

De la cooperación y eficaz ayuda de tan importante personaje da fe la dedicatoria del tomo 23, de la *Bi-*

lioteca, que á seguida llegó de un vuelo al tomo 33 (1).»

Del Gobierno de Madrid pasó el Sr. Gutiérrez de la Vega á una Dirección del Ministerio de Hacienda, hasta mediado el año de 1865, que renuncia el puesto á la caída del Gabinete del Duque de Valencia.

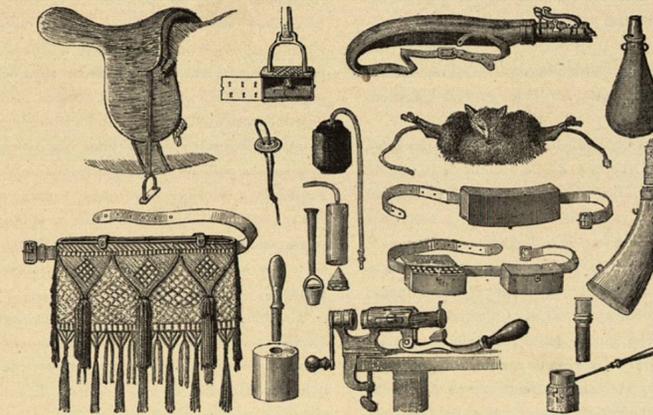
En 1866 vuelve éste al poder y va el Sr. Gutiérrez de la Vega de Gobernador civil de la Habana, cuyo importante cargo dimite al estallar la revolución de 1868.

Nuestro biografiado emigra entonces á París al lado de la Reina destronada y de su hijo D. Alfonso, que consideraba la esperanza de la patria. Y de acuerdo y con pliegos de Doña Isabel II, que había aceptado sus

consejos, váse á fin del año 1869 de nuevo á la isla de Cuba, á invitar al general Conde de Valmaseda á venir á tomar parte en la restauración de Alfonso XII. De allí, y por haberse sabido esto, fué desterrado el señor Gutiérrez de la Vega por el Gobierno revolucionario de Madrid, estableciéndose otra vez en París al lado de la Real familia proscrita, donde continuó emigrado, sufriendo los horrores de los dos sitios, primero el de los prusianos y luego el de los versalleses.

Poco después, á principio de 1872, tenemos otra vez en Madrid al Sr. Gutiérrez de la Vega, fundando *El Cristóbal Colón*, periódico defensor de la isla de Cuba, que ardía en guerra separatista.

Llega aquí muy luego el teniente general Conde de



Pertrechos del cazador

Valmaseda, acompañado del entonces brigadier Martínez Campos, y empieza con el Sr. Gutiérrez de la Vega los trabajos militares para la restauración. Luego se une á este pequeño círculo el Sr. Rodríguez Rubí, que viene de París, donde había desempeñado el cargo de Secretario de la reina Doña Isabel II; más tarde se asocia el Sr. Moyano, y los tres hombres civiles, con aquellos dos militares, continúan la obra que por último realiza en Sagunto el ya general Martínez Campos, el cual ha tenido siempre la nobleza de declarar que obró en todo bajo la dirección del Conde de Valmaseda.

En 1875 es nombrado el Sr. Gutiérrez de la Vega

(1) *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 71 de la colección, *Noticia biográfica de D. Manuel Rivadeneyra*, por su hijo D. Adolfo Rivadeneyra, página XVIII.

Director general de Administración civil de la isla de Cuba, y más tarde Director general de Hacienda en la misma isla.

En 1885 fué Consejero de Estado hasta la muerte de S. M. el Rey.

Desde el año 1877 es cuando el Sr. Gutiérrez de la Vega se ha consagrado completamente á sus publicaciones venatorias, y aquí empieza el periodo en que nosotros queremos ocuparnos más especialmente de la ilustre persona cuyo retrato va al frente de este artículo, en el traje que también reviste con más gusto el Sr. Gutiérrez de la Vega, porque sobre todo es esforzado é inteligente cazador, con alma, vida y corazón.

Pero antes de ocuparnos de sus obras venatorias, vamos á empezar por presentarlo en un lance de montería, que es por demás curioso y muy del caso, porque

en él le ocurrió el percance del destierro de la isla de Cuba, cuando, como hemos dicho, fué á conspirar para la restauración de Don Alfonso XII.

En la *Historia de la interinidad y guerra civil de España desde 1868*, por D. Ildefonso Antonio Bermejo, tomo II, páginas 212 y siguientes, se dice lo que copiamos á continuación:

«Llegó á la Habana el Sr. Gutiérrez de la Vega poco después de Nochebuena (1869), y sin saltar de á bordo, supo por amigos que fueron á recibirle, que era pública en la Habana su llegada, que se sospechaba el objeto de su viaje por telegramas del Gobierno, y que las autoridades habían conferenciado con este motivo, y aun se suponía que le prohibirían su desembarco. Sin embargo, saltó en tierra y por un alto funcionario, íntimo amigo suyo, supo lo que ocurría: que el Gobierno de Madrid había advertido al Capitán General su partida de Brest el 4, recomendándole que lo vigilara como sospechoso de conspirador alfonsoino. Ni esto le arredró, y se presentó inmediatamente al capitán general Caballero de Rodas.

Este le recibió muy cordialmente, y después de una larga conversación sobre la guerra y demás asuntos de la isla de Cuba, que eran para los dos tan conocidos, salió el Capitán General á despedirlo, y ya á solas, le advirtió de las sospechas del Gobierno. El Sr. Gutiérrez de la Vega le confió entonces las expresiones que para él llevaba de la Reina, y le anunció que también llevaba un retrato, regalo para él, del Príncipe de Asturias, con su dedicatoria. El Sr. Caballero de Rodas aceptó ambas cosas con mucho gusto y convino en enviar al hotel del Sr. Gutiérrez de la Vega un agente de su confianza para recoger el retrato. Hablaron bastante ambos alfonsoinos, conviniendo el Sr. Caballero de Rodas con el Sr. Gutiérrez de la Vega en que podría contarse con él después de la abdicación de D. Alfonso XII, cosa en que fácilmente se entendieron ambos. Todo aquel día y el siguiente se ocupó mucho la Habana de la llegada y del objeto del Sr. Gutiérrez de la Vega, con cuyo motivo acordó éste, y así se lo dijo al Capitán General, distraer la atención pública marchándose al campo de montería por una temporada, á los montes de los señores Argudín, que le habían invitado al efecto.

Así lo hizo en los primeros días de enero de 1870, sin sospechar el golpe que le esperaba á él y á su causa. Muy distraído estaba el Sr. Gutiérrez de la Vega, consagrado á su afición favorita en los montes de San Miguel de Garondo, de los Sres. Argudín y recibiendo los generosos obsequios con que estos señores saben regalar á sus huéspedes. Estaba segurísimo, y esto es muy esencial, de que su objeto no comprometería al Gobierno, ni á aquellas autoridades, ni á aquella isla, ni á nadie; sino que, por el contrario, llevaba un pensamiento por de pronto contrario á los trabajos del carlismo, y en lo porvenir favorable á la isla como á la Península, y en que habían de entrar, como se ha visto después, aquellas

autoridades y aun el mismo Gobierno. Esto no obstante, poco después de mediado el mes de enero, en una de aquellas tardes deliciosas de invierno, en que la vegetación tropical admira, las brisas embriagan y el sol no sofoca, sino que parece lucir solamente para engrandecer y sublimar aquella gigante naturaleza, hallábase el Sr. Gutiérrez de la Vega siendo espectador y actor de una de esas seductoras y poéticas escenas que tanto encanto producen á los buenos cazadores. Ojeaban uno de los mas frondosos cañaverales del ingenio San Juan Bautista.

Los sabuesos y lebreles latían en señal de haber levantado reses; las bocinas sonaban indicando que eran venados los que corrían la mancha; los negros monteros aullaban y volaban sobre sus caballos señalando la dirección de los hermosos animales de la manigua; las armas de fuego empezaban á tronar haciendo silbar las balas, cuando dos grandes venados intentaban romper por el puesto del Sr. Gutiérrez de la Vega. Enajenado éste con la escena que presenciaba, y fija la atención en las hermosas reses que amenazaban atravesar el frondoso cañaveral para invadir la zona del alcance de su escopeta, no vió á unos cuantos guardias civiles de á caballo que se le acercaron, ó mejor, no los distinguió y los tomó por monteros, porque indicó á unos que fuesen á ocupar una guardarraya para que no se escapasen las reses por la derecha, mandando á otros que practicasen lo mismo por la izquierda. Así se estrechó el ojeo; los monteros, los perros y las reses se apretaron; entonces dispararon casi todas las escopetas, hasta que la bocina hizo la señal de haberse concluido la batida.

Cuando la algazara y gritaría de los negros comenzaba á celebrar el fin de la fiesta, fué cuando el Comandante de la guardia civil se acercó al Sr. Gutiérrez de la Vega y con la mayor cortesía y el mayor respeto le entregó un pliego cerrado con sello oficial. El Sr. Gutiérrez de la Vega comprendió al punto lo que pasaba; hizo señal á los guardias de que le siguieran; corrió las espuelas á su caballo y fué á reunirse con los demás señores al batey del ingenio. Preguntando á los guardias si esperaban algo, y contestando éstos que nada más que sus órdenes para marcharse, se satisfizo con considerarse libre; brindó agua de coco y de guanábana á los guardias, y los despidió, llamando á su lado á los Sres. Argudín para abrir el pliego. El Teniente Gobernador de Cabañas le participaba el despacho telegráfico en que el general Caballero de Rodas le decía que se dignase ir inmediatamente á la Habana.—¿Cuál sería el objeto de este llamamiento tan inesperado?—He aquí la cuestión que se improvisó entre aquellos señores, mientras los monteros descargaban las reses y ellos examinaban las heridas que habían hecho sus balas. Los cazadores más diestros en dar un balazo en el codillo de un venado, no por eso han de dar en el blanco de la política. Por eso se forjaron allí las más raras y contradictorias hipótesis, y aun hubo apuestas peregrinas. El Sr. Gutiérrez de la Vega, práctico en ambos ejercicios y recordando cuanto había hablado con Caballero de Rodas, acertó al suponer que no